

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 2 DE JULIO DE 1922

NUM. 19.786

***** CUENTOS ESPAÑOLES *****

UN CASO DE CONCIENCIA

VERÁ usted lo que me sucedió y el grave caso que atosiga y trae a mal traer esta conciencia mía, tan estrecha y exigente. Yo soy católico, apostólico romano a cierra ojos, y no sólo los dogmas de nuestra santa religión, sino lo más insignificante que con ella se roce, lo pongo sobre mi cabeza y lo diputo como precepto irrefragable y sin apelación de discurso en contrario. Así, por ejemplo, las imágenes de los santos que ha canonizado la Iglesia, no las tengo por representación de aquéllos, sino que las considero ungidas por la permitente voluntad de Dios para hacer milagros y rendirse al ruego de los mortales, como pongan en dicho ruego verdadero fervor. Y al que me contradiga, le probaré, como dos y dos son cuatro, por cuán sobrenatural manera mis peticiones a San Pedro, mi patrono, me han sido otorgadas hasta con rebaba.

Con esta convicción de mis sentidos corporales y mis potencias espirituales, claro está que no he perdido coyuntura para mostrar mi celo religioso, no habemos oyendo misa los domingos y fiestas de guardar y confesando y comulgando por Pascua florida, pero también asistiendo a novenas, oyendo sermones y echando mi óbolo modesto en el cepillo de mi parroquia. De este modo, tengo la seguridad de que cuando el Señor disponga de mí, el divino portero del Paraíso me dejará entrar, no embargantes algunos pecadillos que he cometido aquí abajo, de los cuales sabré redimirme en sazón debida y tiempo oportuno.

Pues le diré a usted, amigo don Crescencio, que hace poco tuve un serio desahío en mis asuntos, y, para ver si salía con bien del atolladero, ofrecí regalar a la Iglesia de mi pueblo, que tenía tres hornacinas vacías, las imágenes de San Pedro, Santa Irene y San Expedito, y, además, una pureza al Santo Cristo que está en la capilla de la izquierda, al que las beatas no cuidan bastante de ropa.

Del dicho al hecho no hubo distancia, porque en cuanto concebí tan salvadora idea, me planté en una tienda que se dedica al noble oficio de confeccionar imágenes de santos (la pureza de raso, con

lentejuelas y avalorios, encargábase de ella mi mujer), y allí tropecé con la horma de mi zapato; quiero decir que en la mencionada tienda me ofrecieron al instante lo que yo solicitaba, o sea una Santa Irene, un San Pedro y un San Expedito, los tres de talla, tan perfectamente compuestos, que parecían de carne y hueso.

¿Que si los recé? No, señor. En primer lugar el sitio no era el más a propósito para rezos, y en segundo, hasta que se hallasen en su correspondiente hornacina y bendecidos por quien goza de sagrada autoridad para hacerlo, carecían de

res de mi salvación pedirían por mí al Supremo Hacedor. Por desgracia, ajusté mal las cuentas de mis ingresos, y al llegar el vencimiento del compromiso firmado, el vendedor de mis santos me entregó al brazo secular de la justicia, que—como no se para en barras—me conminó a que pagase a tocateja o devolviese las imágenes, lucro cesante y daño emergente.

¿Vil metal o valores fiduciarios? ¡Ni por semejas! ¡Eran preciso buscar tres mil pesetas corrientes y molientes, y ni rebuscando en mis bolsillos, ni acudiendo a los usureros, raza benéfica y utili-

volvían a su embalaje, para ser llevadas al Juzgado instructor? ¿Quién me quitaba el sambenito de iconoclasta?

Que no pegué los párpados durante aquellos días nefastos, ya se lo habrá usted figurado; y cuando una noche, rendido de andar de ceca en meca tras los doce mil reales, caí en la cama, soñé... Verá usted, amigo don Crescencio, qué sueño tan espeluznante. Pues soñé que mi alma encaminábase al Paraíso, y que en la puerta, noticiosos de mi osadía, me esperaban San Pedro, Santa Irene y San Expedito, los cuales hablaron en los siguientes términos:

—¿Qué vienes a hacer aquí, desdichado? — exclamó San Pedro, con voz potente.

—¡Señor! — murmuró mi alma, toda encogida y temerosa—. ¡Un rinconcito, aunque sea en lo más apartado y humilde de la casa!

—¡Fuera, fúeral! ¡Lo que ha hecho ese hombre es inaudito! — gritó Santa Irene.

—¡Mire usted que traernos de acá para allá, como si fuéramos mercancía semoviente de exportación! — habló San Expedito.

—Pero ¿en qué ha gastado su dinero, si era rico? — interrogó San Pedro.

—Pues ese desuellacaras se lo ha gastado en andar de gandaya, después de habérselo jugado a la ruleta—interpuso Santa Irene.

—¿A la ruleta?... ¿Y qué es eso? — dijo San Pedro,

que, mientras anduvo por el mundo, no conoció más juegos que el mus y el rentoy, a que eran muy aficionados los judios.

—Un juego que inventó el Malo, y que ha prendido en los inocentes y cándidos mortales, que se están quedando sin un perro chico—repuso Santa Irene.

—¿Y quién gana?—duplicó San Pedro.

—¡Ah!...—exclamaron sus compañeros, sin añadir palabra.

—¡Señor!—exhalé yo; digo, mi alma—. ¡Un poco de piedad en gracia de mi buena intención!

—Nada, nada... No hay piedad... ¡Al infierno!—dijeron los tres Santos.

—Que baje con mil diablos, y que se le sumerja en las calderas de Pedro Botero.

—¿Y cuándo?—preguntó, impaciente, San Expedito.

— LAS OBRAS MAESTRAS DEL MODERNO ARTE ESPAÑOL —



— LA BUENAVENTURA, CUADRO DE JULIO ROMERO DE TORRES —

la mirífica virtud de ser intermediarios entre la tierra y el cielo.

Pedí precio al imaginero; lo acordamos, y, como en aquel momento careciese de las pesetas justas que los tres santos costaban, el fabricante me otorgó que diese al contado la mitad de su valor y el resto a los dos meses de la fecha del trato, para lo cual firmé un documento en toda regla. Dueño, pues, de mi compra, preparé un muy cuidado embalaje, con objeto de que los santos no sufriesen el más leve desconchón, y los remití a Cucandinos de Abajo, al señor cura párroco, que, apenas supo el envío, echó las campanas a vuelo y me puso un telegrama dándome las gracias casi en nombre de toda la corte celestial.

Frotábame las manos de pura alegría, pensando que aquellos tres procurado-

sima, cuya disminución acusa una lastimosa decadencia en la república, pude lograr la supradicha suma. No me quedaba otro recurso que escribir al señor cura, a fin de que me reexpidiese mis queridos santos, y aquí entra la profunda, la hondísima, la horrible perturbación de mi religioso espíritu.

Pintar con palabras de idioma conocido mis tremendas angustias, es imposible, porque este caso de conciencia no se ha visto jamás, y sólo para mí estaba guardado. ¿Cómo arrancar de sus hornacinas las tres benditas imágenes sin que me declarasen la guerra donde tienen vara alta y eficazísimo metimiento? ¿En qué situación quedarían las personas piadosas que en torno de ellas colocaron piernas, brazos y ojos de cera, al ver cómo descendían de su pedestal y

—¡Ahora, ahora, ahora!... ¡Pum!

Y este ¡pum! lo sentí en mi cabeza cual si en ella me hubiera golpeado la maza de Fraga. Me desperté mustio y alicaído, creyendo que había llegado mi última hora, y corrí a contarle mis cuitas al padre Valponte, mi confesor, el cual, después de una discreta reprimenda por haberme arrojado a ofrecer lo que no podía cumplir, no sin censurar también mi afán idolátrico, me facilitó los medios para que las imágenes no sufriesen mudanza en su condición, y me puso de pe-

nitencia... Pero esto es muy de mío, y no se lo debo referir a usted. Lo que sí le diré es que, cuando entré en la iglesia de mi pueblo y me postré ante mis santos, San Pedro y San Expedito me pusieron la cara torva, porque, sin duda, conservaban contra mí cierto reconcomio hostil; pero, en cambio, Santa Irene—¡mujer al fin!—me dirigió una de sus más amables sonrisas.

E. GUTIERREZ-GAMERO

De la Real Academia Española.

Impresiones de un lector

«La Puerta estrecha»

EN una traducción muy pulcra, Enrique Diez-Canedo acaba de incorporar a la lengua castellana una de las novelas más significativas de nuestro tiempo: *La Puerta estrecha*, de Andrés Gide. No es fácil señalar la filiación de esta novela en la tradición literaria francesa. ¿Por qué? Porque en realidad debería considerarla como una novela de tipo inglés: una novela puritana. ¿Será debido a las afinidades étnicas entre ingleses y normandos? Pero la novela de Gide se integra perfectamente en el ciclo que tuvo por norma moral *El Peregrino* de Bunyan. Cristianismo de renunciación y sacrificio, un poco tétrico, en el cual se manifiesta claramente la insospechada evolución respectiva del protestantismo y el catolicismo: aquél, a pesar del principio de que sólo la fe salva, fué dando preferencia al precepto moral sobre el dogma, mientras el catolicismo persistía en su celo por la rigidez dogmática.

En el momento literario actual de Francia (ya que Gide no ha perdido nada de su contemporaneidad ni de su magisterio), *La Porte étroite* es una interesantísima compensación a la copiosa modalidad sexual y frívola. Pero no sería justo equipararla con aquella otra modalidad floja, pacata, sacristanesca, cuyos más típicos representantes son Bourget (el Bourget actual) y Francis Jammes. Para Andrés Gide, su heroína se plantea un verdadero problema de conciencia. En cambio la supuesta espiritualidad de Lazarina o de Dominica es, en el fondo, espíritu de clase o casta, defensa inconsciente de intereses amenazados, odio político. Alisa, la heroína de Gide, ahonda en su propio ser desconocido y lucha entre sus dos amores, el visible y el invisible. ¿No tiene esa mujer una clara ascendencia en su misma patria? Yo la veo incorporada al grupo de Port-Royal, abismada en aquella avidez contemplativa cuya propia austeridad le impidió llegar a las formas místicas, porque en ellas el elemento poético predomina sobre el teológico.

Y si tuviese que buscarle algún precedente novelístico en su propio idioma, yo pensaría en alguno de aquellos ejemplares clásicos cuya sutileza los junta, a manera de remotos precursores, con la desazón espiritual de los románticos. Involuntariamente, Alisa nos sugiere la Princesa de Clèves, la heroína impecable de Mme. de La Fayette.

La Puerta estrecha, sobre la sugestión del versículo evangélico de Lucas (XIII, 24) glosa el tema del sacrificio. Nos lo presenta en la suave antinomia de dos hermanas, una de las cuales cree sacrificar su vida por despecho de no haber logrado inspirar el amor con que soñó, y acepta un matrimonio desigual con un prosaico viejo (algo a la manera del sacrificio de Victoria en *La Loca de la casa*). Pero esta joven, Julieta, encuentra la paz y la felicidad donde creyó hallar una vi-

da de renunciación y martirio... En cambio su hermana, Alisa, temperamento muy superior, se impone el sacrificio de renunciar al hombre amado, en obsequio al amor incomprensido de Julieta; y aún después de conocer la felicidad de su hermana persiste en el sacrificio por un extraño y fatal imperativo, como si obedeciese a ocultas y misteriosas necesidades de expiación, compensando culpas ajenas; verdadera monja reclusa en sí misma, en la clausura de su conciencia, sufriendo y ofreciéndose por la bajeza humana.

Como esta es una novela de lucha interior, surge de ella una aparente incoherencia entre los actos y los afectos de la protagonista. Se necesita, pues, una clave, una interpretación, un desdoblamiento de personalidad. Y esto se encuentra en las páginas finales, donde se transcribe el diario de Alisa, a manera de escolios en un devocionario familiar. Lo mejor será que extractemos algunos de esos pasajes reveladores: «¡Oh, Señor! ¡Libradme de una felicidad que pudiera alcanzar demasiado pronto!... ¡Cuán feliz ha de ser el alma en quien virtud se confundiera con amor!... ¡Ah, poder arrebatarse a un tiempo nuestras dos almas, a fuerza de amor, más allá del amor!... ¿Le querría yo tanto si hubiera él de pararse en mí? ¿Cómo se encoge en la felicidad todo lo que podría ser heroico!... El camino que nos enseñáis, Señor, es un camino estrecho, estrecho para que no puedan ir dos de frente... ¿Qué precio puede ser el de una virtud de que mi corazón entero reniega?

Es una psicología de *cautontimorúmenos*, o sea de martirio de sí mismo. No digo tortura, sino martirio, porque Alisa no se impone su sacrificio por un egoísmo de atrición, por una esperanza de recompensas ultraterrenas. Lo que quiere es *alestigar* en sí misma la conciencia de un ser superior, una comprensión de divinidad. Por eso escribe: «Nuestra virtud no se esfuerza por la recompensa futura; no es recompensa lo que busca nuestro amor. La idea de remuneración de su trabajo es vejatoria para el alma bien nacida. La virtud tampoco es para ella aderezo: no, es la forma de su hermosura». Y en esa dolorosa alternativa entre el amor y la fe llega a una oblación todavía más alta que la de su felicidad terrenal, porque ofrece también la de su dicha eterna: «Si es necesario, Señor, para librarle de mí, que yo me pierda, hacedlo!»...

Una novela de Insúa

El negro que tenía el alma blanca, último libro que he recibido del fecundo Alberto Insúa es, sobre todo, una obra rebotante de nobleza. Novela en que bulle, con gran vitalidad, el mundo escénico, y a través de la cual desfilan figuras conocidísimas de nuestra literatura, bajo máscaras que apenas disimulan su fisonomía y su nombre. Lo que llamaríamos el coro, en torno a dos personajes cen-

trales, tiene un singular relieve, una inconfundible palpación vital. Los dos protagonistas renuevan en su apariencia externa el dúo de Otelo y Desdémona; pero ella, la virgen blanca, llena de una prevención de raza contra el negro, ¡cuán distinta de la virgen veneciana que se abismaba de deliquio sexual en brazos del moro, como una compensación simbólica y primitiva entre la belleza y la fuerza! Todo el libro es una rehabilitación de sano sentimentalismo, que llega al don de lágrimas para los lectores hu-

mildes y puros. Pero, se me ocurre una observación: ese negro Peter, de alma tan noble, que muere de amor y perfuma de sacrificio su cuerpo maloliente, ¿tenía, de verdad, el alma blanca? ¿Puede llamarse alma blanca a la de nuestra raza, torturadora de la suya propia, y envilecida por el rastro que ha dejado en la Historia? Si la blancura es un símbolo de superioridad, ¡cómo pululan a nuestro alrededor los blancos que tienen el alma negra!

Gabriel ALOMAR

La mujer de un soldado...

ACABADO el dominio de la casa de Austria con la muerte del rey empujado, que antes que por sus propias y desdichadas lacerias fuese de este mundo por el egoísmo y ansia de medro de cuantos le rodeaban, comenzó la dinastía borbónica a regir los destinos de España.

De la corte frívola de Francia vino el nuevo monarca, y aunque en principio todo lo procuró para sus paisanos, hasta el punto de que más parecía Madrid ciudad francesa que española, fué tomando luego afecto a la nación que el destino puso bajo su férula, y por entero conquistó el amor de los españoles.

Mal resignábase la anterior rama reinante a estar desterrada en donde fué señora y dueña durante dos centurias, y así hizo cuanto estuvo de su parte por volver a ocupar el solio perdido.

Aliado el emperador de Austria con el monarca lusitano, decidió poner a su hijo Carlos en el trono de San Fernando.

Con este fin, embarcó el archiduque en una escuadra inglesa, que le condujo al puerto de Lisboa al frente de un poderoso ejército aliado.

Europa entera se conmovió al anuncio de nuevas contiendas, pues, sin duda, parecían pocas las que por el entonces había empeñadas, y en toda ella no se oyeron otros nombres que los de Felipe V y Carlos III.

Con notable empeño y ardoroso entusiasmo defendió su causa el monarca legítimo, y bien parecía que a todo riesgo, tanto por el propio decoro como por amor a la nación que se había puesto en sus manos, quería mantener la corona ceñida en sus sienes.

¡Quién viérale en el Soto de Luzón revisando despaciosamente sus tropas, como recreándose en ellas y haciendo cálculos soñadores sobre su bravura; entrar luego en la villa, al frente de los regimientos, por el Prado, las calles de Alcalá y Mayor, hasta dar en Palacio, donde la reina esperaba llena de entusiasmo, y, por último, bajar por el puente de Segovia y aun hacerles un buen rato de compañía, hasta dejarles camino de Navacerrada, adonde pasó a visitarles al siguiente día!

Por los calores del estío y la crudeza del otoño, que antes parecía invierno, fué menester aplazar la campaña hasta el siguiente año de 1703.

Para tomar parte en ella vino a España, y entró en Madrid mediado el mes de febrero de 1704, el duque de Berwick, hijo del excluido rey de Inglaterra Jacobo II. Recibióle el monarca hispano con demostraciones y pruebas de mucho afecto, y con toda la suntuosa magnificencia que a su alto rango correspondía hospedóse en el palacio de los duques de Alba, y de aquí nació el entroncamiento de tan ilustres Casas.

Llegada que fué la primavera, resolvió don Felipe que fuera comenzada la cam-

paña, y salió para Extremadura al frente de un ejército de 40.000 hombres.

El de Portugal, aun con los auxilios que Inglaterra y Holanda se prestaran, era inferior en número y estaba pésimamente organizado.

Por bastante tiempo fué cada batalla un triunfo para la causa del rey legítimo; que si algunas provincias pusieron bajo las banderas del intruso, no tardaron en conocer el error en que estaban, y algunas poblaciones, como Játiba, sufrieron con rigor excesivo la pena de su deslealtad.

Cada mañana, a tiempo que hacían en Palacio el relevo de la guardia, dábase un espectáculo de mucho amor y edificación, que parecía estrofa de un bellísimo poema.

Aparecía la soberana doña María Luisa de Saboya en el balcón principal, y luego de que presenciaba la ceremonia de mudar su custodia, hacíase un silencio solemne.

Entonces, la gentilísima soberana desdoblaba un pliego que llevaba en la diestra mano, y con voz clara, pero conmovida, leía al pueblo su contenido. Era el parte que cada día le enviaba su don Felipe desde el campo de batalla.

Con más religiosidad no escuchaba aquella gente sencilla y confiada la palabra del Espíritu Santo en las fiestas de guardar.

Aún parece que en las cercanías del Buen Retiro (que, siguiendo la costumbre de los anteriores monarcas, también era lugar preferido de éstos para su estancia) trae a veces la brisa primaveral ecos de aquella voz suave de acento italiano, que era una dulce armonía. Yo imagino que es el final de una carta que dice de esta suerte:

«Mandé hoy que se diera justa recompensa a aquel buen labrador de Talavera, que toda su hacienda y toda su gente las puso a mi servicio; pero el hombre, alto ejemplo de patriotas, respondió cuando se quiso premiar su fidelidad: «Nada quiero, pues no es razón que cuando el rey se muestra tan celoso del bien de sus vasallos, que va a defenderlos a tanta costa y descomodidad, yo le lleve dinero por tan poco trabajo...» Mira si no es para que un rey no deje la vida por un pueblo que le da su alma...»

Y como la reina compartía muy dignamente con su esposo el amor a España y enorgulleciase de que estuviese dirigiendo por sí mismo las operaciones, el pueblo echó a volar aquella bellísima letra, que tiene más encanto y más espíritu que muchos de los heroicos y ferrosos poemas en que se cantan famosos hechos de armas:

«Yo no soy reina,
soy mujer de un soldado
que está en la guerra...»

Diego SAN JOSÉ

DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL
DE BELLAS ARTES

Francisco Asorey, el imaginero

FRANCISCO ASOREY es un escultor gallego, natural de Cambados, que reside en Santiago de Compostela. Con estos datos, más los de la edad y el estado, tendríamos todos los exigidos para extender su cédula personal, tan vulgar como cualquiera otra. Mas la cuestión cambia si se enfoca a la luz del arte. Aquí, la cédula personal alcanza valor distinto; intentaremos decir algo acerca de él, hoy, con motivo de su obra *Naiciña*, que puede verse en la Exposición de Bellas Artes. La vez pasada se reveló Asorey al público con una media figura de madera policromada: su encantador título de *Picariña* convenía con el espíritu de aquella niñita aldeana. Poética creación, dentro de la plástica original, fué para nosotros objeto preferente de atención, porque se apartaba de esos caminos trillados, por donde los trajineros del arte, sin mercancía y sin amor, transitan, indiferentes o hastiados. *Picariña*, escribíamos entonces, es un capricho escultórico, con cuya infantil ingenuidad se hermana el sentimentalismo nativo de la tierra galaica, la de los prados húmedos y rientes, como una mezcla de llanto y de alegría; la de los horizontes brumosos; la de la melancólica *saudade*...

Ahora, Francisco Asorey se presenta al certamen con *Naiciña*, no promesa, sino afirmación plena de su talento, vigoroso al par que delicado.

Por lo que hayamos de apuntar, no estará de más declarar que no conocemos al artista, y que nadie nos ha hecho ninguna indicación en favor suyo. Vaya por delante la verdad, en bien de todos, y en particular de nuestra independencia crítica.

Con las excepciones de Juan Cristóbal, de Emiliano Barral y de unos pocos más, la de Asorey es desde luego una de las que más mueven a la simpatía, por la sinceridad a que responde.

Las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, suelen ser, en materia de escultura, fruto de la sinceridad insincera. So pretexto de lo natural, adviértese allí un fondo de afectación o una inocencia marrullera, que lo mismo hace sus víctimas en individuos del jurado que en gentes de buena fe. La simulación al uso, encubre a las medianías, que, a falta de mejores cualidades, se acogen a la astucia para conquistar el lauro. Pero esculpir o tallar, llevándose de un noble afán, de un deseo puro, buscándose a sí propio para lograr la emoción comunicable y olvidado de lo que no sea convicción y credo, ese es el caso aislado y ejemplar que al crítico avisado compete poner de manifiesto.

El verso del poeta francés, que nos permitimos traducir,

¿Quién nos libertará de griegos y romanos?

hay que exhumarlo tratándose de Asorey. Porque admiramos rendida y fervo-

rosamente el genio helénico, nos causa cierta repugnancia cuanto se cifra en la mera copia de las formas clásicas, sin enjundia, conforme a los procedimientos que se practican en las academias y escuelas. La vida y el carácter, en cambio, sorprendidos y expresados del modo más veraz, significa para nosotros una orientación preciosa, y nunca nos cansaremos bastante en recomendarla, porque por ahí cabe llegar a la liberación. Claro que la veracidad que aconsejamos no ha de

zón del sentido pictórico, que pesa, desde antiguo, sobre nuestro arte. En tal respecto, Asorey es un verdadero tradicionalista, un español en el cual lo pintoresco, de gusto popular, sazón y aderezo las masas volúmenes y planos con que la forma se define representando a determinados seres humanos. Y es, además, español, porque no desmiente al pueblo; antes bien, lo interpreta realizándolo en los rasgos específicos de sus modelos campesinos.



confundirse con el llamado realismo, tan estragador y tan vituperable por su carencia de elementos conceptuales. Francisco Asorey, penetrado de realidad, nos la devuelve encarnada en bellas imágenes, por lo que no hemos vacilado en nombrarle el imaginero. En España, la humilde labor de los imagineros ha suplido con frecuencia la falta del gran arte escultórico. Aun los maestros más eminentes entre nosotros no se han desdenguado en cultivar la imaginaria, lo mismo la destinada al culto religioso que la profana, sirviéndose del policromado en ra-

Naiciña es una aldeana gallega, que tiene en el regazo a un niño. Sobre lo vistoso del indumento en que lo regional se acomoda, nos solicitan y atraen las típicas fisonomías de la madre y de su hijo. Algún crítico se ha extrañado del parecido que ofrece este grupo con las esculturas populares de Ucrania. Extrañeza semejante producen nuestros bordados y bastantes cosas de aquellas, en fin, nacidas al calor de lo popular. Por otra parte, no puede inducirnos a engaño el que Galicia, centro visitadísimo por los romeros de toda la cristiandad durante si-

glos, haya conservado en sus costumbres y hábitos las huellas de contactos con las más lejanas localidades. Mercaderes de Siria habían establecido su comercio de telas a la sombra de la basilica compostelana. En las artes industriales de la Edad Media, a juzgar por los restos subsistentes, no ya en Galicia, sino en más de media España, las notas de orientalismo son constantes. Hasta la decoración arquitectónica de nuestro románico-bizantino las acentúa de suerte que los

historiadores del arte extran-

...consideran hoy a España, por lo que atañe a la evolución de dicho estilo dentro de nuestras fronteras y aun extravasándolas, como el más complejo núcleo de elementos. ¿Por qué, verbi gratia, en capiteles que en el claustro de Santo Domingo de Silos labraron manos musulmanas se reconocen—y el muy docto benedictino padre dom Ramiro de Pinedo lo ha explicado—temas y símbolos de procedencia rusa? La tesis aportada por M. Emile Mâle al último Congreso de Historia del Arte celebrado en París, y que versa sobre las miniaturas de los códices *Beatos* y su influjo en el desarrollo de la escultura románica francesa, son, con varios estudios más, índices de la corriente, cada día más numerosa, que al tomar a España por la tierra afortunada, en orden a la cultura artística internacional, confía en que sólo aquí, por los inequívocos datos que nuestra historia suministra, habrán de hallar cumplida solución problemas que interesan en común a diversos países.

Curados de pedantería, aducimos esos casos para subrayar que nuestras artes son una serie de tejidos, en cuya trama han entrado los materiales más heterogéneos. Así, pues, no han de chocarnos la clase de influencias, por ajenas y contradictorias que parezcan, incorporadas a la estructura hispánica del arte.

Francisco Asorey, al igual que los imagineros de antaño, ha ido en demanda de inspiraciones al pueblo. Si las famosas esculturas que en el Pórtico de la Gloria responden al nombre del maestro Mateo afinaron su sensibilidad y contribuyeron a proporcionarle recursos técnicos, por encima de la documentación arqueológica ha puesto su instinto el temperamento, cualidad esencial en el artista. No negamos, claro está, la parte de educación que le guiaba; lo que sí nos importa señalar es la conversión que lo popular experimenta, sometido a normas estéticas no populares, por el artista cultivado. La gubia del imaginero, siguiendo ondulados movimientos barrocos y manejada con libertad en la traducción de la forma, nos obliga a pensar en esto otro: en el barroquismo de Asorey, concordante con el de la región gallega. Francisco Asorey patentiza la condición de su raza.

Angel VEGUE Y GOLDONI

ANTE LA PUERTA DE SAN ANDRÉS DE SGOVIA



Puertas renegridas;
piedras recocidas
por la roja lumbre del cielo español;
arcos de victoria
por donde pasaron en días de gloria
triumfales banderas,
arneses de hierro y heroicas cimbras
al son de los pífanos y el ronco tambor.

Dormidas y graves,
sois como esas naves
que, desmanteladas,
sueñan, en un puerto triste arrinconadas,
con lo azul del cielo y el viento del mar;
sois las remembranzas de una edad de oro,
de un tiempo sonoro
que tuvo el acorde de un himno marcial.

Como un ancho río fecundo y ardiente,
bajo vuestras piedras pasó la corriente
que desde Castilla la tierra inundó;
con vuestras arcadas sois el romancero,

sois con vuestros arcos la mano de acero
que puso en los Andes su sello español.

Hoy, sin roncós ruidos,
hoy, adormecidos,
arcos de Castilla, descansáis en paz;
hoy, de tarde en tarde, sólo los arrieros
—ya no hay en Castilla prez ni caballeros—
pasan por vosotros con su tardo andar.

Reatas que cruzan cargadas de espiga
como en el verano marchan las hormigas,
de una en una, lentas, del surco a través,
y que nos recuerdan la cocina ahumada,
la familia en torno del hogar sentada,
los bíblicos panes y el blanco mantel.

Puertas renegridas;
piedras recocidas
por la roja lumbre del cielo español:
¿sois ahora más grandes, más fuertes que entonces
sin prez y sin ruidos sonoros de bronce
ahora más puras delante de Dios.

Fernando LOPEZ MARTIN

El señor Caracol y su casa

En aquel tiempo remoto, el señor Caracol no tenía hotelito propio como hoy; vivía en una casa de alquiler, cuyo propietario era el señor Sapo, un hombre muy feo, gordo, antipático y usurero, que aprovechaba cualquier ocasión para subir el alquiler a sus inquilinos y les hacía rabiar, de acuerdo con la portera, la señora Lagartija, una lagartija que no iba más que a las propinas.

Pero el señor Caracol pagaba sin chistar todo lo que le pedían, y aún le sobraba dinero, pues ganaba una barbaridad; como que era campeón mundial en las carreras de caracoles, y esto, además de fama y honores, reportaba buenas rentas.

Verdad es que, para conservar su agilidad, el campeón, como perfecto caracol de deportes, hacía todos los días grandes ejercicios pedestres, que consistían en ir desde su casa hasta una maceta de geranios, situada cerca de tres metros más lejos.

Y un día, en plena dicha, en plena fortuna, en plena gloria, le ocurrió la dramática historia que voy a relatar

de y espantosa, que creo que era una mano de niño. He intentado volver solo a mi casa; pero como no veo, me he perdido, y no sé lo que va a ser de mí.

El señor Caracol tenía el corazón tan blando como sus cuernos. Miró al cielo; estaba muy nublado y empezaban a caer gotas; era tarde; pensó en la lluvia y en el rocío; pensó en los cuidados minuciosos que requería su preciosa salud de campeón mundial de carreras; pensó que si bien el señor Topo gastaba una mullida y lujosa piel, él, en cambio, iba desnudo y, además, sin paraguas. Su egoísmo sostuvo una lucha enconada contra su bondad. Por fin venció esta última, y el señor Caracol dijo:

—No se apure usted, señor Topo; yo le serviré de lazarillo hasta su casa.

—¿Pero es posible, querido se-

ñor Caracol?—exclamó el ciego. ¡Horror! ¡El señor Caracol tenía reuma!

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido, y nuestro campeón intentó tranquilizarse. Acaso aquel primer ataque sería también el último; acaso no era reuma, sino una gripe pasajera, y reanudó con el entusiasmo de siempre sus ejercicios pedestres hasta la maceta de geranios.

Llegó el gran día de las carreras. A lo largo de la pista se habían edificado numerosas tribunas, que eran otras tantas maravillas; por ejemplo: había una, de hojas de nenúfar, para las ranas, y otra, de hojas de morera, para los gusanos y sus esposas las hormigas; la de los pa-
jes del gran duque Mos-

las carreras, dió la señal de empezar desplegando sus lindas alas de gasa plateada; los diez caracoles partieron a la vez.

Habían recorrido ya varios centímetros, cuando, de pronto, el señor Caracol ahogó un grito: el cielo se había nublado; unas gotas empezaban a caer, y, con indecible espanto, el campeón notó que los dolores reumáticos tornaban a torturarlo.

Intentó sobreponerse y seguir adelantándose, como siempre, a sus rivales; pero no pudo. Insensiblemente fué disminuyendo su velocidad; ya los cuernos del señorito Caracolillo llegaban a la altura de los suyos... ya pasaban...

Cuando el señorito Caracolillo llegó a la meta, el señor Caracol, humillado, vencido y torturado, se hallaba todavía en mitad de la pista; era el último de todos los concursantes.

Y mientras el vencedor era llevado en hombros de la multitud, entre vítores y aclamaciones, hasta la tribuna de lilas blancas, donde la princesa Insectina en persona le entregó el premio de su victoria, el pobre ex campeón regresaba a su casa vertiendo lágrimas amargas; por lo menos echaba baba en abundancia, y



Era en invierno, hacía frío y el cielo estaba lleno de nubarrones. Iban a celebrarse unas carreras de caracoles a causa de la boda de la princesa Insectina con el gran duque Moscardón. No era cosa de dejarse arrebatar el cuantioso premio y el título de campeón por el señorito Caracolillo, un rival temible por su fuerza y su agilidad, y el señor Caracol había salido a prepararse dando su higiénico paseo acostumbrado.

Ya había llegado a la maceta de geranios y regresaba al galope—un galope de caracol, se entiende—, por miedo a que le alcanzara la lluvia que amenazaba, cuando, de pronto, oyó unas lamentaciones y vió al señor Topo sentado a la orilla del sendero y desesperándose con el hocico entre las patas.

El señor Topo se había quedado ciego, y desde entonces vivía en un domicilio subterráneo; su sino era digno de lástima, y el señor Caracol se detuvo y le preguntó lo que le sucedía.

—Una cosa terrible—contestó el ciego—. Yo había salido con mi lazarillo, la fiel Mariquita, cuando, de pronto, la infeliz fué apresada por algo muy gran-

de y espantosa, que creo que era una mano de niño. He intentado volver solo a mi casa; pero como no veo, me he perdido, y no sé lo que va a ser de mí.

—¡No importa!—declaró el piadoso señor Caracol, dispuesto a todas las abnegaciones.

Entonces, el señor Topo le ató una yerbecita a un cuerno, cogió el otro extremo y de esta manera llegaron al macizo de hortensias azules.

Ya era noche cerrada. Toda la familia del ciego le esperaba con angustia, asomada a la entrada del subterráneo.

Las bendiciones y protestas de agradecimiento eterno de todos al bondadoso bienhechor durarían hasta hoy, si el campeón, asustado por la hora y la humedad, no hubiera escapado, corriendo más que si se tratase de alcanzar un premio.

Llegó a su casa tiritando, extenuado y chorreando; se dió fricciones de alcohol de romero, y se metió en la cama y apagó su gusano de luz; pero, ¡ay!, no pudo dormirse.

Sentía en todo el cuerpo dolores agudos y singulares; era como si le hubieran

cardón era de pétalos de rosa roja, y de miosotis la de las damas de honor de la princesa Insectina. En cuanto a los augustos novios, se hallaban en una tribuna de lilas blancas, que era una idealidad.

Los caracoles se colocaron en fila. Había diez; entre ellos, naturalmente, estaba el señorito Caracolillo, dispuesto a la lucha, y el señor Caracol, muy nervioso, todo lo nervioso que puede estar un caracol.

La princesa Insectina, presidenta de

creo que eran lágrimas y amargas, pero no lo puedo asegurar.

Desde entonces, la desdicha del señor Caracol fué en aumento cada día; los ataques reumáticos menudearon. Tomó parte en dos o tres carreras; pero como siempre se quedaba el último, acabó por renunciar a ellas, para no hacer más el ridículo.

Y lo terrible es que, agotados sus ahorros, se quedó tan pobre, que no pudo ya ni pagar la casa, ni darle propinas a la portera. Así es que un día la odiosa La-

NUEVAS INVESTIGACIONES LITERARIAS

Relaciones entre Quevedo y D. Francisco Manuel de Melo

(CONCLUSIÓN)

III

gartija subió a anunciarle el desahucio de parte del terrible señor Sapo.

Cojeando y renqueando, el infeliz abandonó su domicilio, y fué a cobijarse, para pasar la noche, bajo una flor de malva; pero al poco rato notó que unas sacudidas singulares agitaban su albergue. Salíó asustado, y vió que una familia de equilibristas, la afamada «Troupe Saltamonte», se ejercitaba en el triple salto mortal sobre el tallo de la flor.

El señor Caracol intentó entonces cobijarse bajo una rosa; pero una avispa que allí vivía salió, furiosa, amenazándole con pincharle si no la dejaba en paz, y el pobre reumático acabó por resignarse a pasar la noche a la intemperie.

Cuando se iba a dormir, pasó por allí doña Cotorra, una comadre, buena persona en el fondo, pero terriblemente parlanchina, curiosa e indiscreta; asedió a preguntas al ex-campeón, y éste acabó por contarle sus tristes aventuras, después de hacerle jurar que le guardaría el secreto.

A la mañana siguiente, doña Cotorra se levantó más pronto que nunca, pues le faltaba tiempo para revelar toda la historia a su vecina, la señorita Ardilla. Esta joven se apresuró a repetírsela a una golondrina amiga suya, que a su vez se lo dijo a una rana, que, al ir a la compra, se lo contó a la mujer del señor Topo, y ésta, en cuanto regresó a casa, se lo refirió todo a su marido.

El ciego quedó aterrado, comprendiendo que él había sido la causa, aunque involuntaria, de las desdichas de su bienhechor. Como él también era bueno y, sobre todo, agradecido, resolvió arreglar el mal y devolver al ciento por ciento el bien que le habían hecho.

Después de mucho cavilar, se fué, guiado por su nuevo lazarillo—un ciempiés muy veloz—al ver a la princesa Insectina, y le expuso el caso de aquel campeón abnegado y reumático.

No sé si he dicho que la princesa era lindísima; pues bien, era todavía más buena que bella. La historia la llegó al alma.

—Quiero regalarle al señor Caracol una casa para que no duerma a la intemperie!—exclamó.

—Pero si un día la humedad le pilla lejos de su casa, su reuma empeorará de todos modos—hizo respetuosamente observar el señor Topo.

—¡Tienes razón! ¡Pues le regalaré una casita tan ligera, que la pueda llevar consigo y refugiarse en ella a todas horas!

El señor Topo se retiró, restregándose las patitas con la satisfacción de haber pagado una deuda de gratitud, y la princesa llamó a un arquitecto afamado, el señor Ratón, y le hizo el encargo oficial de la casita portátil.

Y el señor Ratón tuvo la ocurrencia de comprar a un pez amigo suyo cierta concha marina en forma de espiral, que amuebló con todo lujo y comfort.

El señor Caracol creyó morir de alegría cuando Su Alteza le hizo el don maravilloso de aquella casita fantástica. Desde aquel día no se ha separado nunca de ella; se pasea con su hotelito portátil ante el señor Sapo y doña Lagartija, con el orgullo de quien ya no tiene que aguantar exigencias de propietario ni descaros de portera. Se pasea ante el señor Caracolillo con el majestuoso desdén de quien ya no necesita correr y ganar dinero para pagar casa. Y hay que ver la admiración envidiosa de todos sus amigos cuando en los hermosos días de verano, y cobijado en su «villa», regalo de una princesa,

el caracol, col, col,
saca los cuernos al sol.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.

Melo confunde la causa de esta prisión con ciertas conclusiones que escandalizaron en Madrid a toda la corte e irritaron al Gobierno del rey Felipe en junio de 1634. Intitulábanse *Proemiales políticos* y se leyeron en la Compañía de Jesús por el padre Agustín de Castro. Trátase en ellos de las siguientes cuestiones: «Si es mejor ningún Gobierno que alguno.—Si sea mejor el Gobierno democrático que el monárquico y aristocrático.—Varios argumentos contra la monarquía.—Cuál sea más conveniente reino, el electivo o el hereditario.—Si es lícito excluir las hembras de la sucesión de los reinos.—Si es lícito matar al tirano.—Si es conveniente que se vendan los oficios de los magistrados.» Imagínese el lector el efecto de semejantes proposiciones, de tal sabor de modernidad, en aquella época de santurronería y absolutismo cerril. Quevedo alude a ellas en carta al duque de Medinaceli, fechada el día de San Juan, en estos términos: «Aquí imprimieron, doce días ha, los padres de la Compañía unas conclusiones que han escandalizado al Consejo Real y a todos; y se han recogido y mandado no se sustenten, y que no impriman conclusiones sin que se vean primero».

Descartado, pues, que Melo y Quevedo tuviesen correspondencia desde 1639 a 1645, veamos qué papeles, según Craesbeeck, pudo comunicar con el primero el segundo «todo aquel tiempo que no los apartó la fortuna». Precisamente los años de 1637 y 1638 son los de menor producción de nuestro don Francisco, envuelto en sangrienta guerra literaria contra sus adversarios, que pocos meses antes habían sacado a luz el indecente *Tribunal de la justa venganza*, lo que le valió ir a una mazmorra a don Luis Pacheco de Narváez. Es la época en que, sin que sepamos las causas, se malogra la impresión del libro de Quevedo *Dichos y hechos del duque de Osuna en Flandes, España, Nápoles y Sicilia*, manuscrito que le extraviaron en el tiempo de su última prisión. Sólo compone en estos años la sátira contra franceses intitulada *La Toma de Valles Ronces*, algunos romances y aprobaciones de obras y el tratado *De los remedios de cualquier fortuna*, que concluye a 12 de agosto de 1636 e imprime en 1638. Únicamente estas obras puede comunicar con Melo, extrañando cómo, si hubo tanta amistad, no le dedicó ninguno de sus escritos.

Ahora, lo evidente, demostrada una amistad que no pasó de pasajera, es que el buen Melo se aprovechó no poco de las ideas, pensamientos y hasta la forma de nuestro caballero santiagués. No pasó ello inadvertido para los émulo del ulisiponense, que le acusaron de plagio. Frei André de Christo, socio de la «Academia dos Generosos», tuvo que salir en defensa suya, dando la siguiente explicación en la epístola que antecede al *Tercer Coro de las Musas*, en las *Obras métricas*, que reproducimos textualmente: «Pero pues que dejamos poco ha nombradas las obras de don Francisco de Quevedo, que siempre son mucho para nombrarse en el Mundo, juzgo que viene a propósito decirte que estos dos Autores parece que, como del nombre, participaron también de alguna secreta comunidad de influxos, de que por ventura pudo proceder la buena amistad

que se guardaron y consta de algunos Versos y Cartas que se hallan de uno y otro, y se podían hallar más, si el tiempo y desconciertos de la fortuna de los dos no las hubiesen [sic] desviado. Todavía yo sé de boca del Autor que aquel su Soneto Moral de las *Primeras Musas* (1) que empieza:

Con viva admiración, con fe segura (2)

lo escribió [sic] el Melodino al Quevedo por tiempo que este autor publicó un libro llamado *Cuna y Sepultura* (3), y a quien respondió Quevedo con una gallarda Epístola en prosa (4), cuyo primer período disse asy: «Ley su Soneto de V. M. y un gran libro en sólo catorce renglones». Sé que de la propia suerte es también [sic] escrita a don Francisco una carta en Tercetos que se hallará en estas Obras, y lo afirma su propio nombre por el qual empieza, diciendo:

Quejas ya tanta vez desimuladas

Bien lo sabéis, dulcísimo Quevedo... (5).

Esta conformidad, pues, de humores y comunicaciones havemos visto que tuvieron causa algunas similitudes como en sus papeles se encuentran; las cuales deseando el Melodino prevenir a todos, salió con aquella advertencia a los lectores que havráis leído en la primera edición de su *Mayor Pequeño*, donde se escusan muchos lugares parecidos que se confieren en aquel libro del Melodino y el *San Pablo* de Quevedo, haviéndose estampado cassy juntamente (6), uno en Madrid y otro en Lisboa. Poco después havemos observado lo mismo, por que un año antes que en Castilla se publicasen las *Musas* del Quevedo, havia asy en Portugal llamado a sus obras, ya estampadas, el Melodino; como se entiende cabalmente de las publicaciones de los mismos libros, el nuestro del año 1649 y el suyo de 1650 (7), cosas que cierta-

(1) *Las tres musas del Melodino y primera parte de sus Versos hallados por Don Francisco Manuel*. La edición más antigua que hemos revisado en la Biblioteca Nacional es del año 1649, impresa en Lisboa, en la oficina Craesbeeckiana, por Enrique Valente Olivera.

(2) Hállase en el *Harpa de Melpómene*, y lleva el número XXXVI en la edición de León de Francia, por Horacio Boissat y George Rempus, año de 1665. En la *princeps* no ostenta número alguno.

(3) Es la *Doctrina moral del conocimiento propio de las cosas ajenas*, escrita en 1613, publicada en 1630 y refundida por el mismo Quevedo en 1635 con el título de *La cuna y la sepultura*, libro maravilloso, blanco de la saña de don Juan de Jáuregui, quien la desahogó escribiendo la estúpida comedia del *Retraído*. Corría ya, por tanto, impreso el volumen, antes de que Melo y Quevedo se conocieran personalmente.

(4) No hay de ella otras noticias sino éstas de Frei André de Christo.

(5) *Fistula de Urania*, Epístola VI.

(6) Fué anterior el *San Pablo* de Quevedo, escrito en 1643 y publicado al año siguiente.

(7) Vuelve a mentir Frei André, por cuanto el *Parnaso español*; monte en dos cumbres dividido, con las nueve musas castellanas se imprimió (y de la impresión hizo burla el propio Melo) coleccionado por don Jusepe Antonio González de Salas, fino amigo de nuestro poeta, en 1648. El privilegio a favor de Pedro Coello, a cuya costa se imprime, lleva fecha de 10 de septiembre de 1647. En nuestras manos tenemos la edición príncipe, hermoso volumen de 350 fojas en 4.º, con siete primorosas láminas en cobre, dibujadas por nuestro gran pintor Alonso Cano. En la portada campea una viñeta en plomo, de un libro abierto, con este epigrafe:

Seire trem nihil est nisi sciat alter,

bella divisa de Perrio.

En el prólogo a la Musa I advierte González

mente yo entiendo no han sucedido acaso [al caso], y de que será justo avisar a los Espíritus que en condenar y arguir [sic] discurren velozmente, antes que se arrojen a pensar que pudo caber algún género de mala simulación en acciones tan públicas y tan independientes; siendo todo originado de un secreto concierto y consonancia de Genios y de Estrellas, no sólo en los Ingenios y nombres destos dos Autores, pero hasta en las desgracias, prisiones y émulo, parecidísimos.»

Claro que el buen entendedor sabrá a qué atenerse respecto de estas afirmaciones, y sin duda ha de explicarse la incomprensible mofa que hace don Francisco Manuel en su *Hospital de las letras* de la manera como hubo de publicar las poesías de Quevedo el doctísimo humanista don Jusepe Antonio González de Salas.

No quiere esto decir que don Francisco Manuel se haya apropiado de obra alguna del rey de la sátira, sino que fué un aventajado imitador suyo, cosa que antes honra y acredita de buen gusto y sentido a aquel privilegiado entendimiento.

Luis ASTRANA MARIN

de Salas, lleno de congoja, que de los versos de Quevedo «no fué de veinte partes una la que se salvó»; que hay muchos que los conservan y no quieren entregarlos y otros que los usurpan y se los apropian; que de ellos fué «tan copioso el número y tan ilustre, que alguna iniquidad nos había usurpado, si no fueron muchas; contra quien yo exclamaré en tanto que tenga vida, con sentimiento en mi corazón, condolido y lastimado».

Séase, pues, de una vez para siempre, que infinidad de poesías de nuestro príncipe de los líricos, como le apellidó Lope de Vega, a las que infundió el hálito del genio, corren por ahí con otro nombre.

LECTURAS

Don Luis Guarnier, delicado poeta dotado de una gran efusión cordial y de una vena lírica rica en musicalidad y en matices, ha publicado un hermoso volumen de versos, que se titula *Breviario sentimental* y que va avalorado con un prólogo del eximio Ricardo León.

La Editorial Rivadeneyra ha emprendido la publicación de las obras completas de la admirable escritora Eugenia Marlitt, con una traducción de su hermosa novela *La segunda mujer*, hecha directa y esmeradamente del alemán por D. Luis Roig de Lluis.

La misma Editorial ha acrecentado su Colección de «Obras selectas de la Literatura Universal» con una bella edición de *Colomba*, la maravillosa creación de Merimée.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Se ha puesto a la venta

Un Hombre Extraño

Novela inédita de 350 páginas, por

EL CABALLERO AUDAZ

PRECIO: 5 PESETAS

El interés excepcional, la amenidad y la emoción quintaesenciadas, que este maestro de la novela contemporánea obtuvo últimamente con su

HOMBRE DE AMOR

se completan en

Un Hombre Extraño

exquisita novela que obtendrá un éxito sin precedentes

PEDIDOS:

Por mayor: Mundo Latino, Apartado 502
Por menor: Librería Yagües, Caballero de Gracia, 28

NUESTROS CENTROS DE PRODUCCIÓN

"La España Industrial, de Sans (Barcelona) honra la industria española

Como anunciábamos en nuestro número del pasado domingo, proseguimos hoy, querido lector, la descripción de los talleres y premios obtenidos por «La España Industrial», de cuya Sociedad tendríamos que ocuparnos en infinidad de trabajos, si de ella hubiésemos de tratar con el detenimiento que merece, porque es una de las industrias más importantes de España y que más la honran.

Su actual director, el Excmo. Sr. D. Matías Muntadas y Rovira, conde de Santa María de Sans, que dicho sea de paso posee el título de ingeniero químico y cursó sus estudios en la Universidad de Wiesbaden (Alemania), teniendo como profesor al célebre y sabio doctor Remigius Fresenius, es hijo de uno de los hermanos fundadores, el excelentísimo Sr. D. José Antonio, fallecido el año 1880, fecha en que se hizo cargo de la gerencia que desde entonces viene desempeñando con gran acierto.

Con antelación, desde el año 1847, figuraron al frente del negocio sus fundadores, los Sres. Muntadas Campeny, verdaderas glorias de la industria española.

Cuantos personajes nacionales o extranjeros han pasado por la Ciudad Condal, han honrado a la «España Industrial» con su visita, constituyendo un alto honor las realizadas por Sus Majestades las Reinas doña Isabel II, doña María Cristina y doña Victoria Eugenia, y por los Reyes D. Amadeo I, D. Alfonso XII y D. Alfonso XIII.

Los Gobiernos han querido premiar la fecunda labor de «La España Industrial», y para ello concedieron a sus representantes, por su esfuerzo en fomentar la producción nacional, numerosas recompensas. Los tres directores a que en trabajos anteriores nos hemos referido, fueron agraciados con la cruz de Isabel la Católica.

Don José Antonio Muntadas poseía también el título de comendador de la Orden de Carlos III y la gran cruz de Beneficencia de primera clase.

Don Matías Muntadas, conde de Santa María de Sans, actual director de «La España Industrial», ha sido nombrado jefe superior de Administración civil, y ostenta también la distinción de caballero de la Legión de Honor.

Los estatutos de esta Sociedad exigen la formación de una Junta de inspección,

que está formada por un presidente, un secretario y ocho vocales elegidos entre los primeros accionistas. En la actualidad está compuesta dicha Junta por los siguientes señores: Presidente, excelentísimo señor D. José Collazo y Gil, senador vitalicio. Vocales: Excmo. Sr. D. Juan María Forgas, vizconde de Forgas; don Juan Boada Rius, D. Vicente Arana y Milá, D. Buenaventura Durall y Mataró, D. Carlos Muntadas y Muntadas, D. Vicente Artigas Alberti, D. Manuel Coll Ro-

les que se pagan semanalmente importan la respetable suma de 65.000 pesetas.

«La España Industrial» no cerró sus puertas ni en los tiempos de epidemias. Durante los cóleras de 1854, 1865 y la fiebre amarilla de 1870, facilitó, además de trabajo, socorros a los necesitados, en especie y dinero, estableciendo además para los obreros atacados de la fatal dolencia dos hospitales en el mismo edificio industrial.

Tiene por norma esta Sociedad facilitar

dose varias generaciones dentro de las mismas familias.

«La España Industrial» ha concurrido a diferentes certámenes, logrando en ellos las recompensas siguientes:

Gran premio: París, 1889; Zaragoza, 1908; Santiago, 1909; Valencia, 1910.

Medallas de oro: Londres, 1851; Viena, 1873; Filadelfia, 1876; París, 1878; Barcelona, 1888.

Medallas de plata: Lisboa, 1861; París, 1867; Regional Aragonesa (Zaragoza), 1868; Arte Decorativo (Barcelona), 1880.

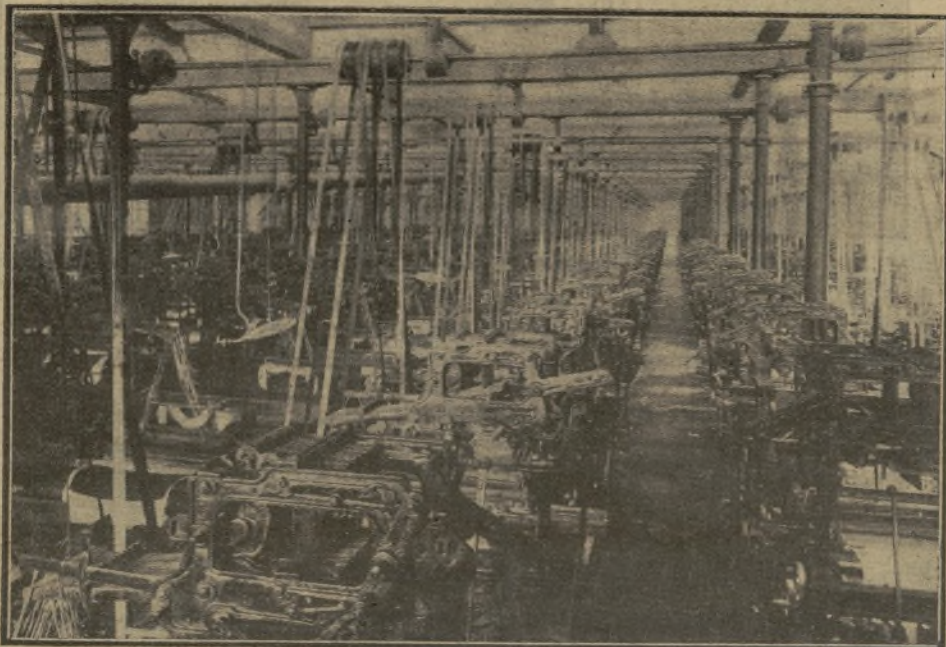
Medallas de bronce: Exposición general de Cataluña (Barcelona), 1871; Villanueva y Geltrú, 1881; Industrias Nacionales (Madrid), 1887 y 1888.

Diplomas: Madrid, 1874; Artes Industriales (Barcelona), 1884.

Constituye una muestra del acierto y buena orientación en que se inspira dicha entidad la política de producción y financiera observada por la gerencia en los años de abundancia que motivó la guerra, lo que tuvo por resultado poder funcionar normal y plenamente la fábrica durante la intensa crisis del pasado año, siendo esta Sociedad el único establecimiento que dió trabajo a todos sus obreros, mientras los demás de su ramo suspendieron su jornada durante meses enteros, total o parcialmente.

El actual director gerente se distingue, como dejamos dicho, por muchos méritos, y como de ellos omitimos uno de los más importantes, lo consignaremos antes de cerrar esta información. Gracias a la previsión financiera y exacto conocimiento del problema económico de don Matías Muntadas, conde de Santa María de Sans, la Sociedad que nos ocupa no caminó por caminos angostos, sino que, por el contrario, su tacto y discreción hizo que fuesen aprovechadas, como era justo y lógico, las utilidades extraordinarias adquiridas al amparo de la pasada guerra mundial.

Y al finalizar nuestros trabajos de «La España Industrial», nos vemos obligados a corresponder a las atenciones recibidas de su ilustre director gerente, el señor conde de Santa María de Sans, enviándole desde estas columnas nuestra más entusiasta felicitación por su acierto en el negocio y su participación en el engrandecimiento de España.



Vista general de la sección de tejidos

dés, D. Pedro Bonell y Martorell y excelentísimo señor D. José Milá y Pi, vocal secretario.

Fue constituida la Sociedad al principio por cincuenta años, y se prorrogó, en junta general de 1895, hasta los cien años.

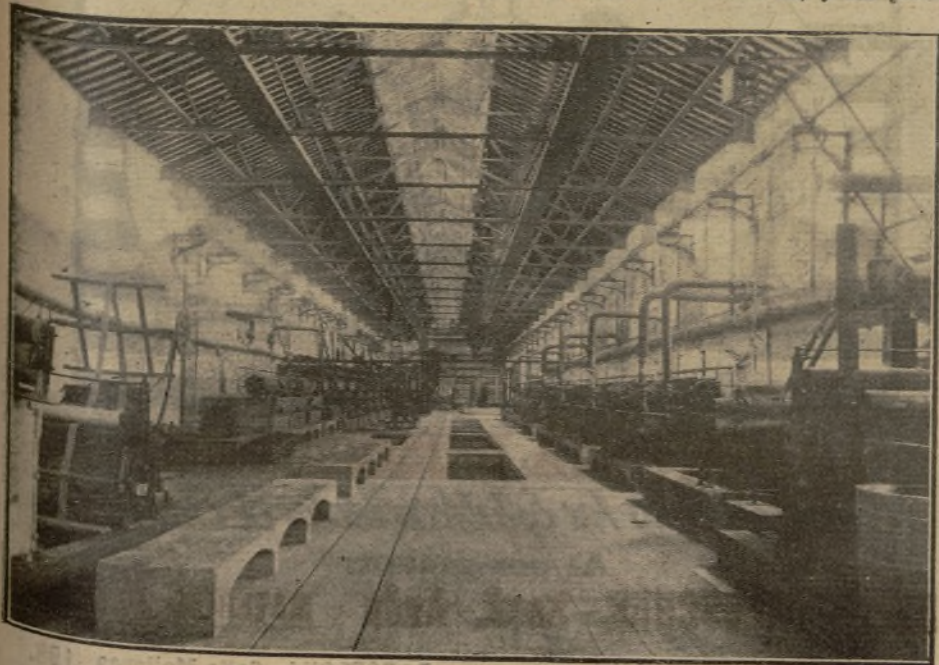
Cada acción de 500 pesetas ha percibido de beneficios hasta la fecha 2.121,50 pesetas, incluyendo el último dividendo repartido, que corresponde al ejercicio de 1921, de 80 pesetas por acción. En total, la cantidad satisfecha por dividendos, comprendido el de 1921, alcanza la importantísima cifra de 33.944.000 pesetas.

En la fábrica trabajan en la actualidad unos 1.300 operarios, calculándose en siete u ocho mil las personas que han recibido sustento a su sombra, y los jorna-

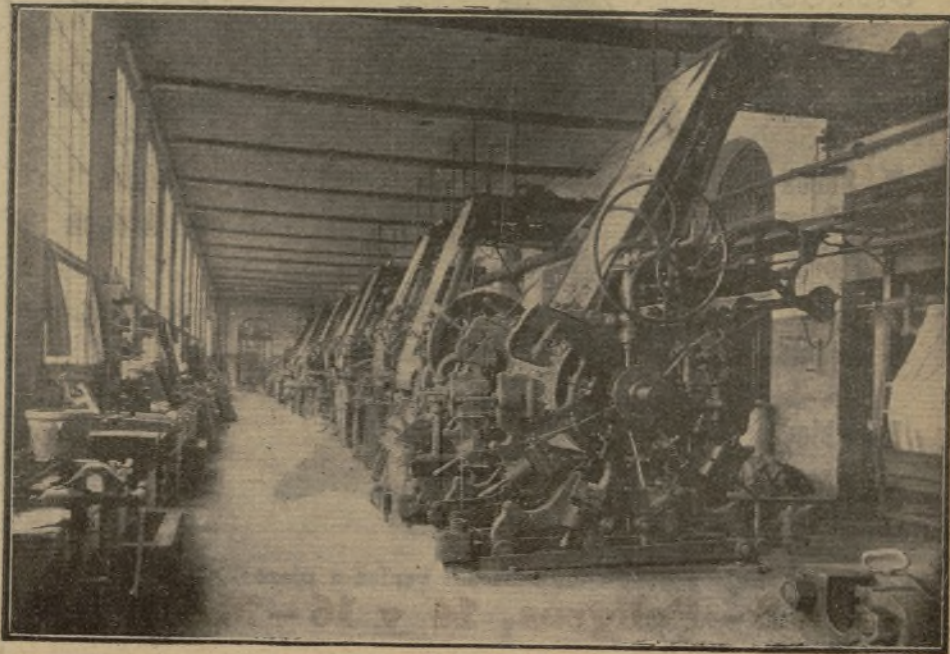
siempre apoyo al personal en caso de apuro y necesidades extraordinarias, enfermedades y redenciones o reducciones del servicio militar, haciendo con este fin préstamos sin interés, reintegrables a razón de 2,50 pesetas por semana.

Desde su fundación, indemniza la Sociedad los accidentes del trabajo a sus operarios, atendiendo a su curación y facilitándoles empleos dentro del mismo establecimiento, en caso de quedar inútiles. También destina a cargos pasivos a aquellos que han envejecido a su servicio.

Los anteriores datos son lo suficiente para explicar el por qué en muchos hogares de obreros constituye tradición trabajar en «La España Industrial», en cuya fábrica o despacho han ido sucedien-



Vista general de la sección de tintes



Vista general de la sección de estampados

AGENCIA MARÍTIMA
Romero Hermanos

:: ALMERÍA ::

□ □ □

Depósito de la gasolina
SHELL

Azufres, carburos, carbones,
etcétera

EL PORVENIR
GRAN BAR COSMOPOLITA.—CAFÉ, CERVECERÍA
JOSE CRUZ MORENO

Paseo del Príncipe Alfonso, 49, y Rueda López, 2.
Teléfono 269.—ALMERÍA

Establecimiento de primer orden, único de su clase en España, situado en el mejor sitio de la población, cerca del puerto, Teatros, Bancos, Correo y Telégrafos, Teléfonos, estación del ferrocarril.—Sitio de moda de la buena sociedad.—Se hablan varios idiomas.—Se admite la moneda extranjera.—Anuarios nacionales y extranjeros, periódicos y revistas ilustrados a disposición de la clientela.

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista parcial del comedor del Hotel de Paris.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.—Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

Café Restaurant Suizo

Propietario: JUAN RUIZ MANAS

:: ALMERÍA ::

Especialidad en cafés.—Despacho de la leche de vacas de VILLA-ADELA, famosa en la región.—Desayunos, comidas y cenas por cubiertos y a la carta

Primera casa en bocadillos y flambres

Único restaurant en su clase en Almería—Especialidad en servicios para bodas y banquetes

50 años de existencia

Recientemente reformado

MANUEL LOPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

* * *

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, tocadores, salones, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

* * *

Serrano, 17 :- Ayala, 60

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BOVEDA

(Lugo)

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.—Aparatos con o sin bocina.—Ventas al contado.—Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller

M. Serós

G. Flores

R. Leonís

Bailables
modernos



DISCOS
de
Salud Ruiz

Ofelia
de Aragón

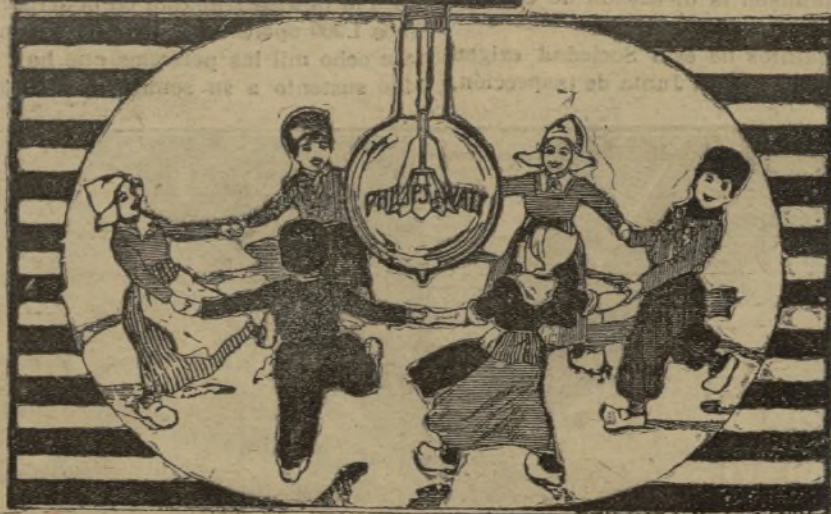
G. Ortas

Óperas

Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a
FADAS—Peligros, 14 y 16—MADRID

Philips **½ watt**



La preferida mundialmente
Pídase en todos los Establecimientos de Electricidad

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER Socd. Anón MATERIAL ELECTRICIDAD

MADRID: Marqués de Cubas, 10.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.